

XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía · Jornada de las Personas sin Hogar · 25 de octubre de 2026

Don Amadeo Rodríguez Magro

El Evangelio nos conduce al centro de la existencia creyente: **amar a Dios con todo lo que somos y al prójimo como a nosotros mismos.**

El maestro de la ley se acerca a Jesús y le pregunta para ponerlo a prueba: **«¿Cuál es el más grande de los mandamientos de la ley?»**. La pregunta es legítima. El piadoso israelita parece que experimentaba desagrado ante la casuística rabínica que, comentando la ley, había elaborado 613 preceptos o prohibiciones; en realidad, esto era para desorientarse.

Y la pregunta es válida también para nosotros: hay cosas más importantes y otras menos importantes. Hay una jerarquía de la fe. Hay verdades que son centrales, y otras que son complementarias, que se apoyan en ellas. Jesús responde diciendo que hay un mandamiento que es el corazón de la religión, que da valor y sentido a todo el resto. No podemos olvidarlo.

Jesús responde con el Shemá, que Israel recita cada día: **«Escucha, Israel (Dt 6,4-5): el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»**. Y a este mandamiento **añade Lv 19,18: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»**.

Lo decisivo es la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Amar al Señor «con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente» compromete a la persona entera.

Y el segundo mandamiento es semejante al primero: no es un apéndice, sino su manifestación visible. El prójimo es un rostro humano que reclama reconocimiento. Amar al prójimo «como a ti mismo» supone confesar que su existencia posee ante Dios la misma dignidad que la propia.

La piedad de los cristianos que ignora el rostro del prójimo se vuelve mentira; una solidaridad que olvida que su fuente está en Dios corre el riesgo de agotarse o de servirse a sí misma.

El orante puede amar porque ha experimentado a Dios como roca, escudo y refugio. El amor no es exigencia; el amor es respuesta agradecida. «Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza». El servicio al hermano necesita arraigar en nosotros, en la certeza de

ser sostenidos y salvados por el Señor. Jesús nos recuerda que lo más importante en la vida es acogerse a Dios.

Charles de Foucauld, un joven francés desilusionado por sus muchos años de vida frívola y vacía, rezaba así al comienzo de su búsqueda de Dios: «**Señor, si existes, haz que yo te conozca**». Y Dios puntualmente se hizo conocer, y la alegría del joven fue tal que exclamó: «**Apenas creí que Dios existe, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir solo para Él; mi vocación religiosa nació en el mismo momento que mi fe. ¡Dios es tan grande!** ¡Hay tanta diferencia entre lo que es Dios y todo lo que no es Dios!».

El que escucha y ama a Jesucristo coloca juntos los dos mandamientos; Jesús los cumplió en su propia carne. Amó al Padre con obediencia filial y se hizo prójimo de la humanidad herida hasta entregar la vida. En la cruz, la dirección vertical y la horizontal del amor forman un único don.

Dios merece ser amado porque nos ama infinita, gratuita y fielmente, sin interés alguno y antes de cada una de nuestras respuestas.

El amor a Dios y el amor al prójimo no son dos amores: de hecho, cuando el corazón de una persona está herido por haber descubierto el amor de Dios, inmediatamente se llena de amor y siente la necesidad de transmitirlo y difundirlo, de regalarlo a todos.

La Eucaristía nos introduce en ese movimiento: recibimos el Cuerpo entregado y la Sangre derramada para que el Espíritu haga de nosotros un pueblo capaz de darse. **Comulgar con Cristo impide desentenderse del cuerpo herido del hermano.**

Hoy, **Cáritas Española** nos invita a hacer una profunda reflexión sobre un problema social que está entre las primeras preocupaciones para los cristianos, y para los cristianos españoles: **las personas sin hogar.**

Nos dice que un hogar «**es mucho más que un sitio donde vivir, es un lugar al que pertenecer**». Un hogar es un lugar de escucha y afecto, de segundas oportunidades, donde el odio y los prejuicios se quedan fuera.

Por eso hoy la Iglesia nos hace una invitación: **PARA, ACÉRCATE, ACTÚA.**

La Iglesia trae ante nuestra conciencia cristiana un asunto que ha emergido en la vida social y política, con más o menos honestidad, pero ante el que los cristianos no podemos callar. Hoy se nos invita a poner nuestra mirada, cargada de amor a Dios y al prójimo, en las personas sin hogar.

La persona necesita un lugar donde sentirse acogida, reconocida y parte de algo común. Son muchas las personas con historias de dolor que invisibilizan todo lo que son y pueden llegar a ser. Porque un hogar no es solo un techo: es dignidad, identidad, estabilidad y oportunidad. Solo una comunidad que acoge, protege y cuida es una sociedad verdaderamente humana.

¿Nuestro compromiso con los demás conserva espacio para la escucha, la adoración, la gratuidad? Jesús no permite escoger entre culto y caridad; nos devuelve a la «y» que nos une. Cuando el amor recibido se hace protección del débil, reconciliación con quien cuesta y servicio sin cálculo, la ley alcanza su plenitud y el Dios vivo se hace creíble. **Amén.**